

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesetas fuertes en oro.
Número suelto, una peseta 50 céntimos.

SUMARIO

I. La enseñanza de la mujer.—II. La rosa y el roble (fábula).—III. Las campanas.—IV. Descalzos!—V. La vanidad.—VI. Pensamientos.—VII. El arco iris.—VIII. Don Nicolás Díaz y Pérez.—IX. Déjia y la voluntad.—X. La desobediencia.—XI. Teatros.—XII. Crónica.—XIII. Bibliografía.—XIV. Soluciones y charada.

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunción de niños á precios convencionales.

LA ENSEÑANZA DE LA MUJER

De poco tiempo á esta parte se va verificando en todos los países civilizados del globo, un movimiento progresivo y espontáneo hácia la enseñanza del sexo débil.

La sociedad de hoy estudia y compara, medita y se resuelve á obtener el mayor grado de perfeccionamiento, por medio de la educación, que es la base del estado civil de un pueblo, y de la moral, columna firme y piedra angular de toda civilización bien entendida.

Los hombres de hoy tienen más trabajo que los de ayer.

Estos, siguiendo los impulsos más ó menos legítimos de su conciencia, aspiraban al bienestar comun por caminos no siempre justificados ante el tribunal de la Historia.

Aquellos, además de marchar, vía recta, al ideal de sus aspiraciones, tienen que volver los ojos hácia atrás, dirigir los rayos de su inteligencia á las tinieblas del pasado, y encontrar en ellas saludable lección y enseñanza para plantear con acierto la resolución de los problemas del presente.

Por eso la moderna sociedad se acuerda de Grecia y de Roma, de Babilonia y de Egipto.

Allí la mujer es un sér inconsciente, semejante á la bestia, sin derechos ni deberes, sin porvenir ni consideración alguna legal.

El hombre, siempre orgulloso, injusto siempre, había usurpado todos los derechos y fueros de la legislación.

El hombre era el todo: rey, súbdito, legislador, juez, soldado, magistrado, testamento y heredero de sí mismo.

La mujer, nada: una *cosa* con todas las cualidades inherentes á esta.

Pero llegó un día en que se verificó la consumación de los siglos.

Un hombre grande, venido de lo alto, se presentó en la capital de la Judea, predicando una doctrina tan nueva que para casi todos los que la oían, era inverosímil.

Decía que todos somos iguales: el rico, el pobre, el grande, el pequeño, el hombre, la mujer.

Aquellas palabras, sancionadas más tarde en la Cruz, fueron el golpe de gracia que desató para siempre el nudo angustioso á que se hallaba sujeta la mitad del género humano.

Aquel fué el día de la redención de la humanidad, pero mucho más de la mujer.

La semilla estaba sembrada.

Los frutos, sin embargo, se hicieron esperar bastante tiempo.

La mujer, sí, quedó libre de una manera material.

Sus derechos sociales fueron iguales á los del hombre, así como sus facultades reconocidas y apreciadas por éste.

Así ha seguido la humanidad diez y nueve siglos.

Pero quedaba sin hacer lo más esencial.

De nada servía á la mujer ser libre ante la ley y ante la conciencia, si continuaba siendo esclava, y muy esclava, en la más abyecta de las servidumbres.

Esto es: la mujer está sujeta á las tinieblas de la ignorancia.

El hombre ha abarcado la ciencia toda, los trabajos todos hijos de la inteligencia, y ha relegado á la esposa, á la hija y á la hermana, al más oscuro rincón de su casa, sin cuidar de cultivar sus dotes intelectuales.

Esto no es justo; esto no es equitativo; esto no es conveniente á los más caros intereses sociales.

La mujer no cumple sus fines con solo estar dentro del hogar doméstico, cuidando de los quehaceres y de sus hijos.

Esto, si bien muy loable, es imperfecto.

La madre no solo ha de atender al hijo en sus necesidades corporales; su misión es mucho más alta: educar sus facultades, dirigir su espíritu para que algún día llegue á ser ciudadano útil á la patria y á sus semejantes.

Y esto, mal puede hacerlo, si antes ella no está convenientemente instruida.

Hé aquí la necesidad de la enseñanza de la mujer, aparte de infinitas consideraciones económico-sociales que la hacen necesaria, imprescindible.

Esto lo ha comprendido perfectamente la actual generación, y por eso trata por todos los medios posibles de difundir la instrucción en todos los ramos y esferas que abraza, entre las compañeras de los hombres.

Por doquier brotan instituciones que no tienen otro objeto.

No há mucho tiempo se fundó una en esta corte bajo la presidencia del ilustrado cuanto valioso hombre público D. Manuel Ruiz de Quevedo.

Existe de tiempo secular también una Sociedad Económica Matritense de Amigos del País que se desvela por allegar sus socorros y enseñanza á todas partes, cumpliendo el lema que ostenta su escudo.

A esta Sociedad acudió en demanda de protección la de *La Enseñanza de la mujer*.

La sección de Beneficencia de aquella, á cuyo frente se halla D. Manuel Llano y Péri, emitió dictámen favorable á la demanda de aquella institución.

La elocuente palabra de D. Francisco de Paula Castellote, D. Gregorio Mijares y don Fermín Hernández Iglesias, llevó tal persuasión al ánimo de todos, en la sesión de 17 de Marzo último, que por unanimidad, todos los socios que alberga en su seno la corporación fundada por Carlos III, se sintieron embarcados del deseo de coadyuvar á la obra emprendida por el Sr. Ruiz de Quevedo.

Acordaron por tanto cooperar con 1.500

reales anuales á tan benéfica institución.

Nos congratulamos de ver en nuestra patria asociaciones que de tal modo tienden á favorecer el progreso de los intereses sociales.

Enseñar á la mujer es ahuyentar de un soplo la espesa niebla de la ignorancia que, por desgracia, ciega los ojos de la inteligencia á una gran parte de nuestro pueblo.

Es fecundizar en su origen el árbol de la sociedad.

Por eso todos tenemos el deber moral de acudir á esta obra, con preferencia á toda otra.

Nuestras caritativas damas de la aristocracia están llamadas á ello en primer término.

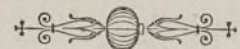
Ellas son ilustradas; ellas conocen profundamente la inmensidad de la obra que hay que hacer para llegar á la regeneración completa de la mitad del género humano; ellas levantan y sostienen hospitales para cuidar al niño desvalido y al anciano enfermo y decrepito; ellas velan por el bienestar de la reclusa que expía un delito en súa y lóbrega cárcel; ellas tienen los medios materiales de poner su grano de arena en este edificio destinado á servir de templo á la resurrección moral de la mujer.

No dudamos de que así lo harán, porque su caridad es inagotable y tan espléndida como su corazón.

Sea, pues, la mujer redimida por la mujer.

Si esto aconteciera, sería la más grande epopeya de los tiempos modernos; sería un cuadro grandioso el que presentaría la parte más débil de la humanidad, saliendo por sí misma de la postración en que yace, sin deberle nada, ó muy poco, al sexo fuerte, que tan poco ha hecho por su bienestar en el espacio de diez y nueve siglos que van trascurridos desde que en el código de la conciencia quedó escrito el derecho de igualdad entre todos los seres racionales, sin distinciones de ninguna clase.

JOSÉ NOVI Y PEREDA



LA ROSA Y EL ROBLE

FÁBULA

Diz que la rosa hubo un día de interrogar de esta suerte á un roble que altivo y fuerte enfrente de ella crecía:

—¿Querrá el vecino decirme, aunque me tenga por nécia, por qué tanto se nos precia de ser duradero y firme?
¿De qué le sirve tener ese tronco tan macizo, que ni el viento ni el granizo han logrado conmover: si tan estéril está desde que le tengo enfrente, que por fruto solamente amargas bellotas dá?
Al ménos, mejor que él,

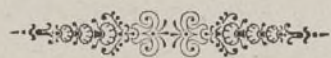
podré yo tener orgullo,
cuando solo mi capullo
es la gala del verjel.
Cuando todos apetece
aspirar mi grato olor,
y en el cáliz de mi flor
los cefirillos se mecen.
Cuando el lujo me buscó
para adorno de las bellas,
estando más lindas ellas
y más encendida yo.
Cuando...

—Calla, vanidosa,
dijo el roble: te lo mando,
que me estás importunando
con tu charla empalagosa.
Es verdad que fresca estás
y ufana en este momento,
mas pronto, al soplo del viento,
deshojada caerás;
y entonces, aunque, orgullosa,
me vences en hermosura,
verás cómo el roble dura
más abríles que la rosa.

No bien de hablar acabó,
cuando, del aire impelida,
de la rosa desprendida
una hoja se cayó.
Poco á poco las demás
del cáliz se desprendieron,
y unas tras otras cayeron
para no juntarse más.

*La hermosura es pasajera
y huye con la juventud;
mas del hombre compañera
no le deja en su carrera
la constancia en la virtud.*

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN



LAS CAMPANAS

¡Las campanas! Podrá haber alguna otra música más deliciosa, una música que embriague mejor nuestros sentidos; pero ninguna conmueve tan dulcemente el alma como el sonido grave y majestuoso de las campanas; ninguna la arroba en un éxtasis tan suave é indefinible, trasportándola desde la tierra al cielo. Son, como la voz de Dios, que resuena sobre la cúspide del templo, y cada mañana y cada noche va, en alas de los vientos, á llevar por todas partes la oración, el consuelo y la esperanza.

Lenguas metálicas que solemnizan nuestros acontecimientos individuales y los acontecimientos de la patria, que nos han dado vida marcando cada uno de sus desastres, cada una de sus victorias.

Cuando la tempestad ruje sobre la tierra, ¡cuán grato le es al peregrino, extraviado en el corazón de los bosques, oír la campana salvadora de una ermita! Cuando ruje la tempestad en el alma, ¡cuán grato no le es al hombre escuchar aquel melancólico tañido, que le recuerda en dónde se halla el lugar de la dicha y del reposo! ¡Oh, benditas, benditas sean las campanas!

Dad la vuelta al mundo, embriagaos de placeres y delicias; no hallareis ninguna sensación igual á la que se experimenta volviendo á ver el alto campanario de nuestra ciudad ó nuestra aldea, al oír aquellas campanas

argentinas que solemnizaron nuestro nacimiento; que doblaron mientras se abría la tumba de nuestros mayores.

¡Cuánto alborozo hay en la campana que resuena al romper el alba, y cuyos alegres acordes se mezclan al canto de las aves, al murmurio de las fuentes, al balar de las ovejas; cuánta melancolía en la campana que toca á las Oraciones cuando todas las voces se extinguen, cuando las sombras se extienden lentamente, invadiendo el paisaje que nos cerca! ¡Monumentos de la fé de los pasados siglos, triste ó alegre, no existe para mí otra música más sublime que la vuestra!

La invención de las campanas puede decirse que es tan antigua como el mundo. Generalmente se atribuye á los egipcios, quienes pretenden poseer una que fabricó Noé por mandato del Señor; pero, desde los tiempos más remotos, eran conocidas entre los persas, los indios y los chinos. En cuanto á los hebreos, la túnica que llevaba el Sumo Sacerdote en las ceremonias, estaba guarnecida de campanillas de oro.

Los atenienses se servían de las campanas para convocar al pueblo cuando se celebraban los sacrificios de Proserpina y de Cibeles, y los romanos marcaban con su sonido las horas del baño y las aperturas de los mercados.

Sin embargo, la verdadera invención de las campanas de grandes dimensiones, data solo de los siglos IV y V, y un piadoso Obispo de la ciudad de Nola, en Italia, fué el que introdujo su uso en los templos para llamar á los fieles á los oficios divinos.

Al principio se colocaban en el interior de las iglesias; pero luego las góticas catedrales empezaron á coronarse de torres campanarios, que elevaban en triunfo hasta las nubes la sacrosanta Cruz, y eran otras tantas maravillas del arte de nuestros padres.

Poco á poco también fueron perfeccionándose las campanas, cubriéndolas de esculturas, emblemas y leyendas, y por una combinación estudiosa de sus diferentes timbres, se llegaron á obtener esos armoniosos conciertos aéreos que tanto dicen al alma.

Los chinos suspenden en los diferentes pisos de sus torres multitud de campanillas, que, agitadas por el aire, producen mágicos sonidos.

Por las agrestes montañas de Suiza, por sus amenos prados, vagan muchos rebaños que no están bajo la custodia de ningún pastor. Para que las reses no se separen las unas de las otras, llevan una porción de campanillas de diversos tamaños y diferentes timbres, que producen unos sonos variados hasta lo infinito, y esa música deliciosa las retiene embelesadas en un mismo sitio.

Es imposible imaginar el efecto de estos conciertos solitarios. Todos los cálculos de la ciencia serían impotentes para hallar combinaciones parecidas á las prodigiosas armonías, á las melodías extrañas que forma la casualidad y están llenas de un indecible encanto. El eco repite de valle en valle, de monte en monte, estos acordes sublimes que forman con el grato murmurar de los arroyos, con el mugir de las cascadas y los silbidos del viento, la única pero imponente mú-

sica que anima aquellas soledades, llenas de rústica belleza y salvaje majestad.

Hé aquí cómo cuentan los ancianos del país el origen de esta costumbre.

En tiempos muy remotos, vivía allí una pastorecita que se llamaba Berta.

Berta era muy hermosa, pero como hermosa, buena.

Apacentaba los rebaños de un rico señor, y con su mezquino salario sostenía á su anciana madre, viuda, pobre y ciega.

Su madre habitaba en una chocilla miserable perdida entre los bosques, y pasaba el día tomando el sol en el dintel de su vivienda é hilando en su rueca el útil lino.

Un día quiso mojar sus dedos en el agua del arroyo que pasaba murmurando al pie de su casita; tropezó en los zarzales y cayó...

¡Cayó y no pudo levantarse!

Pasó el día; llegó la noche...

Berta, después de llevar sus ovejas al establo, voló, como siempre, á casa de su madre, para partir con ella su frugal merienda.

La halló tendida en el suelo, casi muerta...

¡Oh, cuánto lloró la infeliz!

Veló todo la noche procurando reanimarla; pero brilló el sol, y el sol, que trae á todos los seres de la naturaleza el contento y la alegría, aumentó la angustia de la pobre niña.

Su amo era exigente y duro. Si no iba á buscar el rebaño para conducirlo al pasto, sería infaliblemente despedida, y entonces, ¿cómo podría socorrer á su madre moribunda?

Si la abandonaba, perecía: perecía si se quedaba con ella.

Berta se postró de rodillas; rezó...

Una inspiración divina iluminó su mente.

Corrió al pueblo, pidió prestadas cuantas campanitas pudo, y adornó con ellas á sus queridas ovejuelas.

Luego las dejó en el prado, y volvió presurosa á instalarse á la cabecera de su madre.

El prado estaba poco distante, y el sonido de las campanillas debía advertirla de cuando las ovejas se alejasen ó se separasen demasiado las unas de las otras.

La enfermedad de la pobre ciega duró mucho tiempo, y en todo él no se perdió ninguna res.

Añade la tradición que una tarde, un viajero que venía de países muy lejanos, atraído por aquella música original y deliciosa, llegó, atravesando los bosques, hasta el sitio en donde estaba el rebaño, y preguntó á la pastorecita por medio de qué cálculo había logrado combinar aquellos sonos y formar aquel concierto.

Berta, ruborizándose, contestó que su ciencia estribaba en el amor filial.

Añade también la tradición que el viajero era un monarca poderoso, que iba peregrinando en busca de una esposa sin tacha, y que, enamorado de su virtud, se casó con ella y la colocó en el trono.

Pero volvamos á nuestro asunto.

Las grandes catedrales, las ricas abadías estaban provistas de muchas campanas, cada una de las cuales tenía un empleo distinto.

Había la de honor, para anunciar la visita de los altos personajes; la comun, para indicar las horas de la comida, del trabajo y del re-

poso; la fúnebre, que señalaba la agonía de los moribundos, y, por último, la de alarma.

Nuestra España, rica en magníficas catedrales, lo es también en campanas grandes y sonoras.

Sin embargo, ninguna de las de Europa iguala en magnificencia á las de la China y Rusia, cuya famosa campana del Kremlin, en Moscou, pesa 240.000 kilogramos.

El bautizo de las campanas es una piadosa ceremonia, que data del siglo VII, efectuándose siempre con mucha solemnidad y pompa.

Cubriase la que debía ser bautizada con ricos paños de oro y plata, y se la colocaba debajo de un dosel, en medio de la nave de la iglesia.

El clero, revestido de ornamentos blancos, y acompañado del padrino y la madrina, honor al cual solo podían aspirar los altos personajes, llegaba hasta ella y la bendecía solemnemente, rociándola con el agua del bautismo y recitando algunos salmos, mientras resonaban los acordes majestuosos del órgano, y mientras la mirra y el incienso llenaban el templo de perfumes.

Esta ceremonia, aunque muy simplificada, se practica aún en el día.

ÁNGELA GRASSI

¡DESCALZOS!

Pidiendo de puerta en puerta,
cruzando calles y plazas,
con su hermanito en los brazos,
y mucho amor en el alma,
y una saya mal zurcida,
y sin padres, y descalza,
de la caridad de algunos
vive una pobre muchacha,
sin otro amparo que el cielo,
ni más bien que su esperanza,
—que es el bien más venturoso
puesto que del cielo emana,
y son los dones del cielo
aquellos que nunca acaban.—
Contentos con su pobreza
nunca los dos se separan,
porque ella adora á su hermano,
y él no vive sin su hermana,
—que es el fraternal cariño,
pura y bendecida llama,
que del maternal regazo,
toma la esencia más casta,
y el mismo Dios la alimenta,
y ya en la vida se apaga.—

Juntos los dos hermanitos,
él en sus brazos se ampara,
y ella orgullosa le lleva,
pues ser su madre le halaga.
Y mirándose en sus ojos,
se olvida de su desgracia,
y ni el cansancio la rinde,
ni el porvenir la acobarda.
Ella le cuida, le arrulla,
le enseña dulces plegarias,
le abriga si tiene frío,
y le vela si descansa,
y cuando de algún banquete
recoge secas migajas,
como si fuera su madre,
le da la mejor vianda.
Ella, en las noches de invierno,
frías y tristes y largas,
le anima mucho y le mece,
y con cariño le abraza...

Si en el festín de la vida
pensamos en la desgracia,
y encontramos estos niños,
no les volvamos la cara:
no desoigamos sus quejas
que van envueltas en lágrimas.
¡Qué fuera del pobre huérfano
sin el amor de su hermana!
¡Qué fuera de ellos, si un día
la caridad les faltara!
No hay nada tan grato, como
ejercer virtud tan santa;
que ella es el lazo que une
á Dios con las buenas almas.

RICARDO SEPÚLVEDA

LA VANIDAD

Son muchas y muy distintas las clases de vanidad que en nuestra sociedad descuellan, haciendo ridículas á infinitas personas que sin ella serían admiradas, convirtiendo en seres repulsivos á los más cultos é ilustrados, y derramando por doquier su asquerosa baba; solo mencionaremos, pues, aquellas más conocidas, tratando de mostrarlas á la general censura, como se debe hacer con todos nuestros defectos sociales, para que al verse al desnudo, se avergüencen de sí mismos y consigamos estirarlos. Y como entre tantas vanidades, la de la hermosura es la que más víctimas causa, sobre todo en el sexo débil, cúpleme tratar de ella primero, por lo mismo que á ese sexo pertenezca, para que, reparando mis bellas lectoras el ridículo tipo que ofrece la mujer dominada por la vanidad, huyan de este mal, que deja tan honda huella en el alma, cual la viruela repugnante marca el rostro.

Cuando veais en alguna parte una mujer que ostentando costosas galas, acaso no pagadas, se dá aire de soberana, anda á compás, alza la cabeza con ademan de dominio, sonríe desdeñosamente, mira sobre el hombro como ofreciéndolos protección, y habla escuchándose y pasándose al mismo tiempo revista de los pies á la cabeza, estad seguros de que teneis delante á una pobre víctima de la vanidad. Es su tipo marcado, pues la seguridad de que no hay otra como ella le da el aire impertinente que hemos hecho notar, y para afirmarse más y más en tal creencia, examina desde la bota al sombrero con su oblicua mirada á cuantos seres pasan al alcance de su vista.

Estar al lado de tal mujer, es el más cruel martirio. No sabe hablar más que de sus trajes, de sus adornos, de sus conquistas, del magnetismo que tienen sus ojos para los muchos hombres que la adoran y que imploran continuamente su amor sin conseguirlo, de las simpatías que le crea por doquier su lindo rostro; y la pobre fátua nunca repara las sonrisas de desden que arranca á cuantos sus excesos de vanidad contemplan. Mientras ella pasea su orgullosa mirada en rededor de sí, segura de despertar la admiración general, las palabras irónicas zumban á su lado, y al par que unos murmuran con lástima: ¡Pobre chica! otros dicen con seguro acento: Es tonta, la vanidad la ha trastornado.

¿Creeis, por ventura, que alguna de estas

palabras penetra al fin en los oídos de la desdichada criatura que sueña en dominarlo todo con su belleza, su elegancia y distinción? ¿que reconoce algún día su error la que de tal modo se entrega á los frívolos placeres de la vanidad y que solo piensa en que sus prendas físicas exceden en encantos á las de todo su sexo? No tal; esta enfermedad es incurable, salvo algunas honrosas excepciones.

Si alguna vez se fija en las sonrisas de lástima que la dirigen, con maravillosa candidez las cree arrancadas de la admiración, y sonríe á su vez con íntimo placer, haciendo su posición más ridícula; así transcurre su existencia, siendo el castigo de los que la rodean y bien la quieren, formando la delicia de aquellos que encuentran en los defectos ajenos su mayor diversión y alimentan las ridiculeces del prójimo con objeto de que distraigan sus ocios: tal es el espíritu humano, en general; tiende siempre á humillar á los demás para elevarse á sí propio. ¡Pobre del que deja ver su lado flaco!

Dedicad toda la fuerza de vuestra voluntad, mis jóvenes lectoras, á evitar que se apodere de vosotras la vanidad, negro borron que oscurecería vuestros encantos; sobre todo, las que seáis bonitas, no olvidéis que nada hay tan bello como la modestia, flor preciosa que nace en el santuario de las almas delicadas, y cuyo delicioso perfume encanta y atrae.

Si de la vanidad de la hermosura pasamos á la del talento, comprenderemos sin esfuerzo que aún es menos disculpable, puesto que no puede alegar la falta de buen criterio, única cosa que alcanza la gracia de que las personas benévolas perdonen tan feo achaque.

El ser que posee el don divino del talento, uno de los dones más apreciables, y de él se sirve para comprender su pequeñez, para admirar y hacer conocer las grandezas del genio y las del Dios que tales obras crea y tanto poder dá á nuestra inteligencia, que sin su divino soplo sería máquina sin impulso, día sin luz, hace buen uso de tan admirable beneficio; pero aquel que, dominado por la conciencia de su propio mérito, se supone perfecto y superior á todos en dotes intelectuales; que al ver el vuelo inmenso de su fantasía quiere elevarse hasta el cielo, y en su soberbia proclama el poder del hombre, en vez de enseñar que sin embargo de que nuestro gigante pensamiento abarca aún más que cuantos mundos el espacio pueblan, solo somos pequeños átomos perdidos en la inmensidad, destruye el privilegio por el Creador concedido, y despojado del severo ropaje del saber, se convierte en objeto del general desprecio.

Así como la vanidad de la belleza es hermana de la fatuidad, de la exagerada vanidad del talento nacen esos tipos tan conocidos, á los cuales se da por ironía los nombres de erudito y erudita.

¿Y qué diremos de la vanidad de los pergaminos? Esta, además de ridícula, es absurda, pues siendo así que la nobleza de la sangre debe su existencia al mérito de otros, á los servicios prestados por aquellos que en el camino de la vida les precedieron, envanecerse por ellos es vestirse con ajenas galas;

y si bien es muy natural la satisfaccion de descender de hombres que tras sí han dejado el luminoso rastro de la gloria, hay que reparar que de esta íntima y noble satisfaccion á la hinchada vanidad ó el orgullo exagerado de raza, que es lo mismo, hay mucha distancia, distancia que sin embargo salvan algunos de un solo paso.

La verdadera nobleza reside en el alma, es hija del propio proceder, y aunque respetando mucho esa ilustre agrupacion que ocupa la primera grada de la escala social por los hechos que recuerda y los dias prósperos que ha dado á nuestra patria, consignamos muy alto la anterior máxima, pues en realidad, para ser admirado no basta haber nacido noble, es menester serlo, y honrar el heredado nombre con una vida intachable y útil, cual la de aquellos que su lustre conquistaron.

Hemos llegado, lector, ante una vanidad que, á pesar de serlo, merece que nuestra frente se incline por ser la única respetable: es la vanidad de la virtud.

No pensamos disculparla ni ménos cantar en su loor, no tal. Siendo vanidad, deja de ser virtud; pero tiene tanto de augusto y de sublime, que todo lo que de ella proviene conserva un pliegue de su extenso manto. La virtud modesta es una emanacion de Aquel que bajó á redimirnos. Trabajemos todos para alcanzarla.

La vanidad es el amor propio llevado á la exageracion, y si nos tomamos el trabajo de mirar á nuestro alrededor, veremos que mucha parte de los sucesos desagradables que ocurren, son producidos por ese sentimiento que se esconde muy amenudo bajo el ropaje de la dignidad.

Ese amor propio sin límites, es infinitas veces causa de que concluyan las amistades más verdaderas y entrañables; da motivo á graves disidencias de familia; entabla pugnas de desagradables consecuencias entre los que mandan; enturbia más y más el ya revuelto mar de la política militante; hace caminar á escape, arrollando cuanto á su paso encuentra, á los miembros de esta milicia por colocarse en el primer puesto, pues nadie quiere figurar como soldado; da audacia á los débiles para conquistar un sitio en ese pugilato; y á los fuertes impulsa hasta que se estrellan contra los escollos que su insensata ambicion les ha impedido ver, arrastrando en su caída á muchos inocentes; y es, en fin, el funesto móvil que todo lo revuelve y lo agita.

Por vanidad, los hombres insignificantes se pegan á la levita de los grandes hombres para hacer creer que son amigos del alma y llamarles por su nombre de pila, aunque solo sean un molesto apéndice del tal personaje.

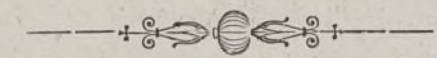
Por vanidad gastan muchos lo que no tienen y comprometen el porvenir de sus hijos, ansiando hacer creer que disfrutaban una posición á la que nunca han llegado, y se encuentran en un desahogo que en lo interior de su hogar es miseria.

La vanidad hace que el tonto se crea discreto; que el audaz tome su osadía por el aliento del génio; que la mujer equivoque en muchas ocasiones la galantería con la admi-

racion; que el hombre se crea amado siempre que desea enamorar; y que yo suponga entretenidos á mis lectores, cuando en realidad los estoy cansando ya.

Basta, pues, de vanidades, no vayais á sospechar que yo estoy contagiada, y consignemos una verdad antes de terminar. Solo dedicando cada uno el esfuerzo de su voluntad al noble fin de librarse á sí propio del defecto que venimos mencionando, se podrá conseguir curar de él á nuestra sociedad.

ADELA SANCHEZ CANTOS



PENSAMIENTOS

Es el *hombre* un alto ser
si en la virtud es su empleo,
pero á quien trueca el placer,
de gigante es un pigmeo.

Es la *amistad* sentimiento
tan prodigioso en sí mismo,
que por él, ¡dejarse priva
para darle el egoismo!

El *corazon* es un puerto
del mar del mundo, tan hondo,
que de él zarpan las pasiones,
y en él entran y dan fondo.

La *ambicion* es como un globo,
que, á medida que entra el gas,
siente impulsos en su arrobo
de elevarse más y más.

Es la *soberbia*, presumo,
cual vapor en la caldera,
que hinchándose en vano humo,
estalla por donde quiera.

Es la *pátria* para el hombre
su *ampliacion*, que adora al ver
que en todo el mundo es su *nombre*,
y en todos tiempos su *ser*.

La *velocidad* es la pluma
que impele el viento al azar,
que nadie conoce en suma
donde puede al fin parar.

El *cariño* es como carta
que une por *dentro* á los seres,
que comunica las penas,
pero tambien los placeres.

Es un sol la *caridad*,
que en la noche del quebranto,
con su luz dá claridad,
con su calor seca el llanto.

Es la *ilusion* con su encanto
vapor que andando en el cielo,
precipita el frio al suelo,
cayendo en gotas de llanto.

ALFONSO E. OLLERO



EL ARCO ÍRIS

Un fenómeno muy sencillo, muy comun, y que cautiva la atencion de los niños, es el arco iris. Siempre se está con ganas de verle, y nadie se cansa de contemplarle. Gusta á todo el mundo, y aquel á quien por acaso no le deleite, no tendrá el corazon muy tierno ni será su sino el de poeta.

Ver en el cielo un arco luminoso, con siete tintas diferentes, lleno de toda la hermosura de la luz, no es cosa baladí para quien sea suficientemente sensible á fin de examinar sin rubor, con inocencia candorosa, los mágicos cuadros que la naturaleza nos ofrece; y unos dándose cuenta de la produccion del fenómeno que ven, y otros sin dársela, no solo los niños, sino todos los hombres, sábios ó no, observan con placer la bella aparicion del arco iris.

A veces se dibuja un solo arco, aunque de siete colores; á veces se dibujan dos y á veces algunos más, si bien no todos son visibles por carecer de suficiente intensidad luminosa para impresionar la retina del ojo del observador; y sea uno ó sean más arcos luminosos los que se formen, la causa es siempre la misma: la descomposicion de la luz blanca al pasar por las gotas de agua de una nube que se deshace en lluvia. Algunos de los rayos luminosos que penetra en cada gota, se reflejan una ó más veces en la parte de superficie opuesta á la de entrada, saliendo por fin hácia el observador que esté situado de espaldas al foco de donde irradió la luz.

Comunmente son dos los arcos que se ven, uno dentro de otro, más vivo el de dentro que el de fuera, apareciendo los colores en orden inverso, pues mientras el exterior empieza con el violado, siguen el añil, el azul, el verde, el amarillo y el naranjado, y acaba con el rojo, el interior empieza con el rojo y acaba con el violado.

Si el arco se produce precisamente al salir ó ponerse el sol, aparece como media circunferencia; á medida que el astro sube, el arco baja; si se forma hácia las horas de medio dia, no lo vemos, porque está debajo de nuestro horizonte; y cuando mejor se le ve, es cuando se manifiesta en las primeras horas de la mañana ó en las últimas de la tarde.

No es solo el sol el que forma el arco iris: algunas veces hace otro tanto la luna, aunque no es tan visible el de la luna como el del sol. Y no es solamente en el cielo, al deshacerse las nubes en lluvia, donde el arco iris se ve, sino que tambien se le ve en el agua de una cascada, ó en la de un surtidor que se esparce en gotitas, ó en la que arrojan por las calles las mangas de riego, y en cualquier otro caso en que el agua esté dividida en menudas gotas.

El arco iris, que tan majestuosa y encantadoramente se nos presenta, podemos, pues, reproducirlo cuando queramos, sometiéndole así, no tan solo á la observacion, sino tambien á la experiencia.

M. SANCHEZ BRUIL

DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Don Nicolás Díaz y Perez vive aún. Todavía es joven, y tal vez le quedan muchos años que correr por la senda de la vida.

Su nombre ha llenado toda España y ha rebasado las fronteras.

Yo, sin embargo, no le conozco; nunca tuve el placer de estrechar su mano. Únicamente sé lo que vale el temple de su alma, porque he leído casi todas sus obras.

Es decir, que acaso su espíritu y el mío son gemelos, cuando tan simpáticos han sido al ponerse en relacion por medio de ese fluido desconocido, que brotando del corazón, corre á través de la pluma por cuyo extremo se exhala, y queda impregnado en los pensamientos del libro, para apoderarse más tarde del que, ávido y lleno de emoción, lo lee, ansiando encontrar en él esa verdad que tan cerca tenemos, y que tan lejos se guarda de nosotros.

Colón y Cervantes fueron vilipendiados durante su existencia: hoy son el genio deificado.

Esta es una de las infinitas manchas que deslumbran la grandeza de la humanidad; hace mofa y escarnio del hombre grande mientras vive; levántale á su muerte pedestales y entona himnos de gloria sobre la losa del sepulcro.

Díaz y Perez, como existe, se encuentra en la condición primera. Pero yo, aún á trueque de oponerme á la marcha del torrente de las preocupaciones, y de ofender la modestia excesiva del ilustre extremeño, voy á dar á conocer á mis lectores algunos apuntes biográficos del mismo.

Díaz y Perez es natural de Badajoz, ese centinela avanzado que tiene la tierra española sobre la frontera lusitana.

Sus padres pertenecían á una modestísima familia, que cumpliendo con el sagrado precepto del Creador, ganaba el pan con el sudor de su frente.

Joven, entusiasta, ilustrado y de temperamento de fuego, Díaz y Perez, desde que tuvo uso de razón, acogió en su alma con júbilo las ideas de la democracia.

Su constancia á toda prueba en este punto, le granjeó trabajos, destierros y grandes privaciones.

Su imaginación es tan grande y tal su actividad creadora, que nunca estuvo inactivo en medio de sus adversidades.

Por eso se le ve, desterrado en Huelva, en 1863, fundar *El Onubense*; dirigir en 1865 en su patria *El Museo Extremeño*; colaborar más tarde en más de treinta periódicos á la vez, y esto sin olvidar los estudios serios que después ha publicado, ni relegar lejos de sí los dulcísimos acordes de la poesía.

Bajo tres puntos de vista puede considerarse al escritor D. Nicolás Díaz y Perez: como periodista, como estadista y como historiador.

Como periodista, ya he indicado su laboriosidad envidiable y asombrosa, escribiendo en diarios y revistas de instrucción, profesionales y de recreo, como *El Eco del Comercio*, *El Time*, *El País*, *El Ramillete* y *El Museo*, de Canarias, *El Fomento*, de Cuenca, *La Constancia*, de Pontevedra, *El Eco de Algeciras*, *El Campo de Gibraltar*, *El Canton Extremeño* y otros muchísimos que omito en gracia á la brevedad, así como *La Moda Elegante Ilustrada*, *La Ilustración Española y Americana*, *La Ilustración Popular*, *La Guirnalda*, *La*

Moda de París, *El Eco del Siglo*, etc., etc.

Como estadista, yo he leído su *José Mazzini* y su *De Madrid á Lisboa*, en que con una pureza de frase que encanta y una fluidez de conceptos que deslumbra, penetra por los inmensos y escabrosos campos del problema social, y con tino seguro, como experto paladín de la política, los resuelve con maestría, sin vacilar, con fe, mucha fe en sus profundas convicciones, nacidas todas de unos principios sólidos é incontrastables, una de las prendas más valiosas que su espíritu atesora.

Díaz y Perez, historiador, es Tácito en la concisión de la frase, Salustio en sus espléndidas y vigorosas descripciones.

Conocidas son en toda España sus producciones en este género, *Los Jesuitas* y su *Historia de Talavera la Real*, que le valió ser declarado por el Ayuntamiento de esta villa hijo adoptivo de la misma, timbre el más glorioso y preclaro de los que adornan la co-

como en el Fomento de las Artes, le han servido para exponer con método riguroso y claridad palmaria, todo un sistema completo de enseñanza, aplicable á España: la enseñanza laica, de la que es ardiente defensor y de la cual es el primer propagador en nuestra patria.

En resumen: D. Nicolás Díaz y Perez es una gloria de España por todos conceptos, y si esto tal vez pareciere exagerado á alguien, yo sinceramente contesto que me basta para creerlo así, ver, que á pesar de sus muchos escritos, vive pobre y casi olvidado.

El mismo camino llevaron las grandes lumbreras de la humanidad.

Sin embargo, lo que no ha hecho la patria, lo ha verificado el extranjero.

El gobierno portugués le condecoró con la banda de la Concepción y la placa de Comendador de Cristo, como pago, aunque pequeño, de sus estudios sobre Camoens y la literatura portuguesa.

La Academia Arqueológica Española le recibió en su seno por sus trabajos históricos, y la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País le admitió en el suyo con júbilo, como una de sus más eminentes figuras. En ella ejerce hoy el cargo de Bibliotecario, y merced á su infatigable celo, cuenta aquella ilustre corporación con un orden exquisito en los millares de volúmenes que guarda en sus estantes.

D. Nicolás Díaz y Perez es escritor elegante, dialéctico consumado é imparcial historiador; su palabra es fácil, correcta y expresiva; su laboriosidad infinita; su constancia espartana. Su talento privilegiado sabe elevarse sobre las pequeñeces de las preocupaciones sociales y busca en el origen de las cosas esas causas eficientes que en vano pretenden otros, no tan expertos, encontrar en los accidentes de los acontecimientos.

Su imaginación de fuego abarca mucho, y esto sin esfuerzo, sin trabajo por su parte.

Todas sus cualidades son envidiables; yo le admiro.

Pero acaso al leer estas líneas se preguntará alguno por qué con tan bellas dotes, el Sr. Díaz y Perez no se ha encumbrado á los más altos puestos del Estado...

La respuesta es bien sencilla. Primero, porque tiene verdadero talento.

Y en segundo lugar, porque ha nacido en España.

Escrito está: *Nadie es profeta en su patria*.

El Sr. Díaz y Perez no olvida esto, y su espíritu superior, elevándose á regiones luminosas, sabe sobreponerse á todo sentimiento de queja contra la indiferencia de las naciones para con sus hombres más ilustres.

Su alma debe saber que en el corazón de todo hombre amante del progreso, de la ciencia, de las letras y del arte, se profesa un culto entusiasta, fraternal y perpetuo, al que con los tesoros de su rica inteligencia ha prestado eminentes servicios á la causa del perfeccionamiento de la humanidad.

Y quien esto consigue, tiene ya recorrido victoriosamente un camino, angustioso, sí, pero á cuyo término se encuentra un laurel inmarcesible:

La corona de la inmortalidad.

JOSÉ MARÍA MEDINA



rona literaria del Sr. Díaz y Perez y que más le llena de júbilo, dado su carácter modesto y humilde, como lo es siempre el hombre que mucho vale.

Sus mejores obras, y todas son de primer orden, puede decirse que son *Baños de Baños*, importantísima novela que viene publicando *El Correo de la Moda*, y el *Diccionario histórico, biográfico, bibliográfico y crítico de autores, artistas y extremeños ilustres*.

Sus obras son numerosísimas: recuerdo entre otras, *La marina española contemporánea*, *Literatura extremeña*, *La reforma de la Iglesia romana*, *En alta mar*, *Páginas para la mujer* y *Los secuestradores mejicanos*.

Díaz y Perez, como hombre profundo; ha comprendido que el bienestar de un pueblo estriba en su mayor ó menor grado de cultura. Por esto es entusiasta por la enseñanza popular, á la que ha dedicado y dedica una preferencia muy digna de aplauso.

Sus conferencias orales en la Escuela de Artes y Oficios del ministerio de Fomento,

DÉLIA Y LA VOLUNTAD

CUENTO

En un pueblo de la baja Rioja, había á mediados del pasado siglo un molinero, el cual vivía acompañado de su querida mujer, y de una hermosa niña, fruto de aquella union, y la que hacia sus embelesos.

Siempre que el molinero asistía á las fériás de los pueblos circunvecinos, solía traer algun que otro regalillo á Délia, que este era el nombre de la niña.

Délia, cuyo génio era apacible y bondadoso, salía al camino á esperar á su papá, presintiendo que á su vuelta, segun costumbre, no dejaria de traerle algun juguete, con el cual entretener sus ratos de ocio.

Un dia en que el molinero volvía de una de aquellas fériás, triste, por no haber encontrado agasajo alguno que llevar á su querida hija, tropezó inadvertidamente con un anciano, que con pasos tardos y como agobiado por el peso de los años, seguía su mismo camino.

Su único traje consistía en un sayal de paño burdo, sujeto á la cintura con una cuerda de esparto, y un capote de militar, que por lo agujereado, se asemejaba á una regadera.

En la esclavina, se veían pendientes varias cenicientas conchas, símbolo de la peregrinacion.

El sombrero de anchas alas y mugriento que llevaba, cubría sus trabajadas facciones, y una barba tan blanca como el ampo de la nieve, caía hasta su cintura.

Era un peregrino, segun lo revelaban su traje y el grueso cayado que le servía de apoyo, en el cual pendía la tradicional calabaza.

En el siglo pasado, como en el presente, siempre ha sido motivo de respeto y veneracion, la vista de uno de estos seres pecadores, que arrepentidos de lo mucho que han ofendido á su celeste Padre y en expiacion de sus culpas, caminan con los piés descalzos y medio desnudos, padeciendo frios y hambres, por el mundo, hasta llegar al Santo Sepulcro, donde purifican su alma y cuerpo de todos los borrones que en un momento de extravío se echaron.

El molinero, al que conoceremos por José, á la vista de aquel desgraciado, quitándose el sombrero de fieltro y grandes alas que le reservaba de los abrasadores rayos del sol, que casi perpendicularmente caían sobre su cabeza, le saludó y se dispuso á seguir su camino; pero el peregrino, con una voz sumamente débil, le interrumpió con estas palabras que le dirigia:

—¡Señor... tengo hambre...!

Esta exclamacion, que en sí encerraba un arcano de sufrimientos y amarguras, llegó hasta el alma del compasivo José.

Se detuvo, é instintivamente dirigió su derecha al bolsillo de sus calzas.

¡Pobre! llevado de sus generosos instintos, olvidó que no llevaba moneda alguna, con la cual poder socorrer á aquel desgraciado que

le requeria una limosna, y si tan solo una voluntad sin límites.

El peregrino comprendió lo que pasaba por el interior de José, y como gran conocedor de las humanas pasiones, efecto de sus años y continuos viajes, se sintió conmovido, y alargándole una de sus arrugadas manos, le dijo:

—Perdonad, hijo mio, si en un momento de delirio, os pedí una limosna, que desgraciadamente no podeis dar. Teneis voluntad para ello, mas su pobreza actual, segun presiento, no le permite... ¡Cómo ha de ser, hijo mio...! Resignémonos.

—No padre, contestó José, un tanto repuesto de su confusion, al sentir el eco consolador de las palabras del anciano peregrino. Habeis dicho bien; nada tengo que poder daros, mas no me falta un don divino, que es la base de la caridad en este mundo. La voluntad, justo, ya lo habeis visto; ansiaba socorremos con mi óbolo, y no me es posible; mas ella, que ha sido, es, y será mi eterna égida, me inspira un medio, con el cual podré lograr mis deseos. Venid conmigo, y en mi mezquina choza no dejaré de tener un pedazo de pan que lleveis á la boca para satisfacer el hambre y un modesto lecho en que descansar sus trabajados miembros. ¿Le aceptais, padre mio?

—¿Y por qué no? le contestó el buen peregrino, con los ojos preñados de lágrimas, ocasionadas por la generosa oferta de José. Lo acepto, y el Dios Padre tenga en cuenta tu accion, el dia que ante El comparezca tu alma.

—Venid, pues, y apoyaos en mí.

El anciano, con el corazon rebosando gratitud y contento, cogióse al brazo de José, y éste, llena su alma de un no sé qué misterioso y dulce que le halagaba, comenzó á guiarle á su modesta morada.

Aun no habia andado veinte pasos, cuando al trasponer la encrucijada, en la que el camino se dividía en tres, y tomar por el que conducía al molino, vieron una hermosa niña que apenas frisaba en los siete años de edad, sentada en el cimientto de la cruz, que en la division de los caminos habia.

La niña, que parecia hallarse triste y como absorta en una idea, no notó la llegada de José y el peregrino.

—¡Délia! ¡Hija mia! exclamó aquel tendiéndola los brazos. ¿Qué haces aquí, tan sola y pensativa?

—¡Ay papá! le contestó Délia, corriendo hácia él, con los brazos abiertos, disponiéndose á corresponder con la misma caricia; pero al notar que una persona extraña le acompañaba, se detuvo momentáneamente, como avergonzada.

—Abrazame, hija mia, ¿por qué te detienes? Este buen anciano que me acompaña, es un amigo que ha de quererte mucho. ¿No es verdad, padre?

—¡Sí, hijo mio! Ven á mis brazos niña, le contestó el peregrino.

Délia, repuesta del susto, obedeció á su instancia y corrió á abrazarle y luego á José.

—¿Qué hacías aquí tan sola y triste? le preguntó éste último.

—Aguardarte, como acostumbro, papá.

—¡Ah! Y es verdad. Con el encuentro de este buen anciano, te habia olvidado completamente, y tambien el pesar que te traía.

—¿Tú, pesar, papá? ¿Y por qué?

—Hija mia, la fériá ha estado poco concurrida y no he encontrado juguete alguno que poderte traer.

—¡Ay! ¡Cuánto lo siento! repuso Délia, al recibir tan desconsoladora noticia; pero, pasado un instante, y como iluminada por una idea, continuó: ¿Y por qué he de entristecerme? Juguete por juguete... que se venga á casa el anciano que viene contigo y jugará conmigo. No deseo otra cosa. ¿Lo hareis así?

—¡Sí, hija mia! le contestó el peregrino, dejando asomar á sus casi apagados ojos dos gruesas lágrimas de enternecimiento, al escuchar las sencillas palabras de la cándida Délia. Sí, hija mia, jugaré contigo, seré otro niño, y no me separaré de tu lado; pero, ¿me querrás mucho, eh?

—¿Y por qué no? Si no me riñes, se entiende.

—¡Oh! no, hija mia, no.

El anciano no pudo terminar sus frases, pues se vió casi ahogado con el apretado abrazo que Délia le daba.

Después de algunos trasportes de alegría, en el que las lágrimas del anciano se mezclaban con las risas y besos de José y Délia, aquel encantador grupo se disolvió, y ésta última enmedio, llevando cogidas con sus finas manos la tosca diestra de José y la arrugada siniestra del peregrino, tomaron la senda del molino, al que llegaron pasado un cuarto de hora.

Este se hallaba situado á la orilla de un caudaloso rio, y era tosco en su estructura, como todos los construidos en la época en que la escena pasa. Solo se componía de tres pisos, contando con el desván.

En la planta baja se hallaban los aperos de la molienda, pajar, hogar y corral. En el piso principal, las habitaciones ocupadas por José, su mujer y Délia, y por último, en el segundo ó desván, el granero, gallinero y palomar, que de todo hacia.

En el corral, y echando algunos granos á las aves que alegremente en él retozaban, se hallaba Marcela, jóven de veintiocho á treinta años de edad, fresca como una serena mañana de Abril y hermosa cual los espléndidos rayos del sol, que en aquel instante caían perpendicularmente sobre su esbelta cabeza.

Era la madre de Délia, la querida compañera del molinero José.

Un sonoro y recio golpe dado en el porton de la hacienda, interrumpió su inocente ocupacion, y presintiendo quiénes serian los que llamaban á tales horas, acabó de arrojar á las aves los granos que en su saya le restaban, y ligera como una gacela, corrió á abrir.

En la puerta del molino la esperaban Délia, José y el anciano peregrino.

Siéndole desconocido este último, se halló cortada á su vista, mas este la sacó del apuro con estas palabras:

—Señora, dispensad si la ocasiono extrañeza. Es natural, porque hasta mi traje es causa de ello. Soy un miserable pecador,

como lo revelan mis hábitos, y habiendo requerido una limosna á su esposo, pues no dudo que vos seais su dulce compañera, me ha brindado con su hogar, yo he aceptado tan generosa oferta y... dispensad, si...

—¡Oh! ¡No tal! replicó Marcela, animada ya con las palabras del buen anciano. Esa es la voluntad de mi esposo y también la mía.

—¡Gracias, hija mía! dijo el anciano, con los ojos preñados de lágrimas. ¡Dios os premie tan buena obra! Y luego continuó con extraño acento: Y yo, hijos míos, que al fin encuentro mi eterno ideal... entrad, entrad.

José, Manuela y Délia, un tanto pensativos con las últimas palabras que profiriera el peregrino, entraron en la hacienda, prece-diéndole.

Cruzaron el hogar y subieron por una cómoda escalera, blanca como el armiño y limpia como una patena, al piso principal.

Este se componía de una pequeña sala con un balcón volado, al campo, y dos alcobas, ocupadas, la una por la cama de Délia, y la otra por la de sus padres.

Los mozos de molienda y labranza dormían ya en el granero ó en el pajar.

El ajuar era pobre y sencillo, pero sumamente aseado.

Una mesa de pino con unas hojas de caoba, y ocupada por una urnita que contenía á Cristo crucificado, y una lamparilla eternamente encendida; seis taburetes de chopo y dos sillones con asiento de cuero, legado de los abuelos de Marcela; y por último, otra mesilla, la cual Délia la tenía repleta con la multitud de juguetes que su buen padre le traía los días de ferias del mercado.

Tal sencillez y poesía encantó al buen anciano, que se hallaba fuera de sí, del contento que le embargaba.

Marcela acercó uno de los sillones, ofreciéndole al peregrino, y éste, dándole las gracias y cogiendo en sus brazos á la pequeña Délia, tomó asiento en él.

José habló en secreto con Marcela un corto instante, y ésta desapareció por la escalera del piso bajo.

—¿Dónde va tu esposa, hijo mío? le preguntó el anciano al verla desaparecer y presintiendo cuál era la causa.

—A preparar la comida.

—Temprano es aún para que vosotros comáis.

—No tal, replicó José, algo confuso.

—Si tal, le interrumpió la loquilla Délia. No le creáis, señor, nunca hemos comido tan temprano como vamos á hacerlo hoy.

—¡Délia! gritó José, enfadado al ver que le destruían su bondadosa mentira.

—No la riñas, José. Délia es inocente, y Dios nos manda que digamos siempre la verdad.

ADULFO J. DE GUMUCIO

(Se continuará.)

LA DESOBEDIENCIA

Uno de los vicios más intolerables que puede atormentar á un padre, es la desobediencia de sus hijos.

Unó también de los castigos que se ven más palpablemente, es el que tarde ó temprano impone la Providencia al ser desnaturalizado, que, desoyendo los consejos paternos, se degrada y se confunde con las fieras del desierto.

Sí, jóvenes lectores. Acordaos con frecuencia del hecho que os voy á referir.

Grabad en vuestra alma el ejemplo que os voy á presentar, y que jamás se os ocurra la más ligera vacilación al cumplir un mandato del autor de vuestros días.

Vivía en una ciudad populosa un matrimonio rico, que cifraba todas sus esperanzas en una niña de diez á doce años, muy decidora, de carácter alegre y risueño, aunque un tanto desaplicada.

Este defecto, que en otras épocas era pasadero, y puede decirse que necesario, porque á las niñas se las privaba de la sólida y esmerada educación que reclaman imperiosamente los tiempos, preocupaba ya algún tanto al papá de Laura, nombre de nuestra protagonista.

Ni las excitaciones cariñosas de su profesora, ni las amonestaciones diarias de la mamá, ni, por fin, las advertencias del papá, consiguieron que Laurita abandonara su pereza.

Los papás de Laura, obedeciendo á un cariño mal entendido, y transigiendo con la firmeza de carácter que desde luego demostró la niña, la separaron del colegio cuando apenas comenzaba el estudio de las lecciones que habían de modificar notablemente las inclinaciones de la educanda.

Esta decisión, en mal hora tomada, decretó la ruina de Laura, y señaló para sus desgraciados padres un porvenir lleno de amarguras.

Convencida de que una lagrimita suya valía tanto como imponer su voluntad, se habituó, á fuerza de una serie de actos no interrumpidos, á que jamás se la contradijera en nada ni por nadie.

Si su mamá la indicaba la conveniencia de que un día se levantara más temprano que lo de ordinario, bastaba esta indicación para no dejar el lecho hasta las mil y quinientas.

Si una visita de la casa deseaba ver á Laura, como era natural, había necesidad de disculparla como enferma, porque á la niña no se le antojaba presentarse.

Si deseaba un vestido, una joya, un capricho cualquiera, y no se le proporcionaba tan pronto como era su deseo, se deshacía en llanto y desaforados gritos, mesándose los cabellos y rompiendo cuanto encontraba á su paso.

La primera debilidad comenzó á dar sus funestísimos resultados.

Los papás de Laura no se atrevían á contar á nadie estas escenas íntimas; pero la niña crecía con la velocidad que corre el tiempo, y eran alarmantes por todo extremo el desarrollo y las proporciones del mal.

Fué consultado un venerable párroco acerca de los medios que podrían escogitarse para remediar las consecuencias de una lucha que ya se hacía insostenible.

El digno representante del Mártir del Gó-

gota, hizo cuanto estuvo de su parte; logró mil y mil protestas de arrepentimiento; pero todo inútil.

Laura no podía soportar que se dieran á nadie cuentas de sus acciones, y tras la oferta de la enmienda venía otro acto de desobediencia y desacato, mayor si cabe, que todos los demás.

Una noche soñó Laura que se le acercaba un espectro con relucientes ojos de color de fuego que la deslumbraban. Forcejeaba, quería correr, pero aquellos ojos producían en todo su cuerpo un efecto tal de atracción, que mal de su grado no podía moverse.

El espectro avanzaba con una formidable guadaña en la mano derecha. Laura hacía esfuerzos sobrehumanos por sustraerse á aquellas miradas de fuego, y por huir del contacto de aquel horrible esqueleto.

Todo inútil; tanto como las exhortaciones del párroco.

El esqueleto llegó hasta ella.

Acongojada, y creyéndose irremisiblemente perdida, cual si la pesadilla fuera una verdad:

—¡Perdon! exclamó.

—No hay perdón para el hijo desobediente.

—¡Perdon! Obedeceré desde ahora mismo.

Alarmados los padres de Laura, que dormían en una habitación próxima, por las voces que daba su hija en aquella hora y de un modo tan descompasado, corrieron á su auxilio, creyéndola víctima de alguna enfermedad.

Llegan, la despiertan, se asegura de que era ridículo sueño lo que creía realidad, y prorrumpe en denuestos y en insultos contra los autores de sus días, que acudieron solícitos á socorrerla.

Aquellos pobres padres trataron de imponer su voluntad, y, ¡oh, crimen horrendo!

Laura levantó la mano para descargarla en el rostro de su mamá, que cayó al suelo como herida de un rayo, víctima de un derrame seroso.

El padre, ante aquel espectáculo horrible, y no queriendo hacer pública la deshonra que de lleno le cobijaba desde aquel momento, dió cuenta de la desgracia ocurrida, cumplió con su compañera las obligaciones impuestas por la sociedad y la religión, repartió todos sus bienes á los pobres y desapareció de aquel hogar donde perdió los seres más queridos de su alma.

De Laura se apoderó un abatimiento profundo, del cual pasó á un estado muy semejante al sueño.

El espectro se presentó nuevamente á sus ojos.

Rápido como el viento se acercó á Laura, y sus huesosas manos, mil veces más frías que el mármol, dejáronse caer sobre las rodillas de la culpable.

Un agudo chillido resonó en la habitación, cual si la hubieran hecho sufrir todos los tormentos imaginables.

Los músculos se contrajeron por virtud de una fuerza misteriosa, y sus piernas quedaron encogidas para siempre.

El espectro era inflexible.

Tocó de nuevo el brazo que se había levantado contra la mamá, y una contracción idéntica quedó sin movimiento.

Cumplida su misión, se retiró el repugnante espectro, diciendo á Laura las siguientes aterradoras palabras:

«Vivirás muchos años, hija infame; pero vivirás arrastrándote por el suelo como un asqueroso reptil. Huirán de tu presencia tus semejantes, y solo por compasión te arrojarán desde lejos algún pedazo de pan duro.

»Ese es, por ahora, el castigo que te se impone por tu nefando crimen.»

Laura se vió al fin libre de aquella especie de sueño que tanto la atormentaba; mas la triste realidad pudo convencerla de que su desgracia era cierta.

Aquel mismo día fué echada por el dueño de la casa, y arrastrando por las calles de la ciudad, imploró en vano la caridad pública, guareciéndose, llegada la noche, en un portal.

Así concluyó sus días la que, honrando y obedeciendo á sus padres, hubiera alcanzado la dicha de poseer largo tiempo el cariño de sus mayores, y aún de haber sido á su vez buena esposa y buena madre.

¿Se os olvidará la historia de Laura?

Recordadla con frecuencia, y seguramente no habrá necesidad de que vuestros papás os llamen al orden.

Obedeced siempre sus mandatos, y aún sus indicaciones más ligeras, y siendo buenos hijos, llegareis á ser dignos sucesores de la generación presente.

P. V. MARTINEZ

TEATROS

Empiezo por lo que mejor y más agradable impresión causó en mis oídos y en mi alma: el cuarto concierto vocal é instrumental, verificado el 21 del pasado en el teatro de Apolo, por la Union Artístico-Musical.

Allí estaba Breton, y con él su divina magia para hacer sentir á los que le rodean.

Ya he hablado otra vez de la *Oberatura de Cleopatra* y por eso solo diré que fué magistralmente interpretada, como todo lo que dirige nuestro joven é insigne maestro.

El *Ángelus*, de Massenet, es una composición tan bella y tan galana, que con justicia los aplausos del público se multiplicaron al oírlo.

El *movimiento continuo*, de Paganini, es una obra instrumentada con acierto por el director de la orquesta; sumamente difícil su ejecución, fué mucho más merecido el triunfo.

Pero quien mereció una justísima y brillante ovación, fué la Srta. Padilla, ejecutando al piano el *Andante*, de Beethoven, la *Turandot*, de Gotschalk y la *Marcha heroica*, de Massenet. Cuatro coronas y una joya con su estuche la fueron ofrecidas por sus admiradores, que eran todos.

Mil plácemes á la Srta. Padilla.

Merlin ha resucitado.

Aquel sábio encantador, cuyo poder era tan inmenso, cansado, sin duda, del soñoliento silencio de la tumba, la ha abandonado y ha venido á establecerse en la calle de Santa Brígida.

Los encantos de Merlin, es el drama fantástico que nos ha presentado como novedad el teatro Martin.

Y un drama brotado de una cabeza de primer orden: de Fernandez y Gonzalez.

Sin duda nuestro insigne novelista no quiso perder el tiempo precioso que necesita para sus grandes creaciones, y por eso no se tomó gran trabajo en buscar argumento para Merlin y sus encantos.

Consta la obra de diez y nueve cuadros, que es casi un museo entero.

Suprosa es entonada y valiente, y sus versos sonoros. Las decoraciones inmejorables.

Mesejo, sobre todo, admirable, así como la señora Mendoza.

Auguramos á la empresa de Martin buenas entradas con *Los encantos de Merlin*.

La Comedia y la Alhambra han abierto nuevamente sus puertas con compañías perfectas y de primer orden.

La Srta. Marini, célebre artista, se halla al frente de aquella. Romea y la Valverde en esta.

Nada se puede juzgar aún de los resultados, y por eso no hablo de los estrenos de las mismas, hasta mejor ocasión, pues no ha habido hasta la hora en que escribo estas líneas estreno alguno en dichos coliseos.

Trasplantado el Circo de Price desde Recoletos á la calle de las Infantas, está funcionando con agrado del público desde el Sábado Santo.

Su empresario y director Sr. Parish está haciendo todos los esfuerzos imaginables para que el público salga complacido.

En el próximo número nos ocuparemos detenidamente de la escogida compañía de este Circo.

ADELINA MARK

CRÓNICA

Tenemos la satisfacción de publicar hoy, ya que no nos fué posible en el número anterior, la carta dirigida al eminente pianista Sr. Zabalza el día 7 de Marzo último, con motivo de la dedicación de la corona que sus discípulos le regalaron, por nuestro colaborador y amigo Sr. Cobeña.

Dice así:

«Sr. D. Dámaso Zabalza:

Querido maestro: Honrado por Vd. con la amistad que tan inmerecidamente se ha dignado siempre otorgarme, mi deber es en el día de hoy reiterarle la más profunda expresión de mi admiración y cariño.

Como una pequeña prueba de mi respeto á tan digno maestro, dedica este pequeño obsequio su discípulo

ANTONIO COBEÑA.»

Con verdadero entusiasmo se han adherido á contribuir á este recuerdo todas las alumnas de la clase del distinguido profesor, que son:

Señoritas doña Amelia Balaguer, Soledad Pascual, Soledad Praló, Petra Villalva, Felisa Penasso, Dolores Mayoral, Luisa Marrón, Natividad Bello, Emilia Molia, Isabel Arias, Enriqueta Montalvo, Elisa Uivarri, Enriqueta Granés, Juana Granés, Concepción Martin, Concepción Manzanares, Tomasa Sanchez, Mercedes Barroso y Martina Moreno.

El conocidísimo é ilustrado profesor de francés D. Enrique Benavent, ha concebido el proyecto, próximo ya á ser puesto por obra, de convertir las veladas lírico-literarias de su Liceo, que tan grata impresión produjeron desde su creación en todos los concurrentes á las mismas, en veladas-conciertos, que tendrán lugar en cómodos y espaciosos salones, para que tanto la música como la poesía, tengan un templo en donde se las rinda culto por los amantes de ambas. Felicitamos al Sr. Benavent por su pensamiento, y no dudamos de que infinidad de personas de todas las clases sociales le prestarán su valioso apoyo, inscribiéndose bajo alguno de los conceptos que encierra el programa que para este objeto ha hecho circular, coadyuvando así á una obra que tantos y tan buenos resultados ha de dar á la juventud deseosa de ilustración y de estímulo.

Habiendo visitado el grandioso y elegante establecimiento de pianos que ha instalado recientemente en la calle de la Montera, 33, primer piso, don Emilio Gallegos, no podemos pasar en silencio la agradable impresión que nos ha causado el examen de los *pianos equilibrados* para sostener la afinación, premiados con medalla de oro en la última Exposición Universal de París.

Estos instrumentos reúnen á su inmejorable cons-

trucción y excelentes voces, la circunstancia de tener un *sistema de compensación* en su caja armónica, que resuelve ventajosamente el problema, evitando las desafinaciones que sufren casi todos los pianos con los violentos cambios de temperatura de nuestro clima.

Recomendamos á nuestros lectores con toda eficacia dichos pianos, sistema Erard y Gaveau.

BIBLIOGRAFÍA

Se ha publicado el tomo 24 de la *La Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada*, que con tanto acierto dirige el Sr. Estrada, y en que escriben los más distinguidos hombres en ciencias y letras.

Titúlase este tomo *Las frases célebres*, estudio de la frase en religión, ciencias, literatura, historia y política, por D. Felipe Picatoste, y constituye un análisis original y curioso de la historia, el progreso y la literatura, que se presta admirablemente, así al juicio de los hechos históricos, como al de los hombres que han adquirido un nombre ilustre en nuestra patria.

La lectura de este libro es tan agradable é instructiva, que no dudamos será uno de los más notables de esta selecta *Biblioteca*.

La misma acaba de publicar el volumen 25, titulado *Manual de Astronomía popular*, por D. Alberto Boch, ingeniero de caminos, canales y puertos y doctor en ciencias.

En este libro se exponen, sin aparato científico, las teorías más curiosas cultivadas por el astrónomo, amenizándolas cuanto es posible, y haciendo resaltar el poco fundamento con que algunos suponen la intervención de los astros, y sobre todo la luna, en el éxito de las operaciones del campo; indica despues los fenómenos celestes más curiosos, partiendo del Universo aparente, y llegando, de deducción en deducción, al Universo real; y concluye, por último, disipando la vulgar creencia de que existen lazos indisolubles entre los fenómenos meteorológicos y los astronómicos.

El autor del *Manual de Astronomía popular* es bastante conocido, por lo que nos excusamos decir una sola palabra acerca de su competencia.

Hemos recibido los cuadernos quinto y sexto de la preciosa obra *Madrid Moderno*, escrita por D. Miguel Martinez Ginesta.

De día en día va creciendo el interés de esta publicación que, como su mismo nombre lo indica, tiende á hacer llegar á conocimiento de todos las mejoras materiales de ornamentación, arte é industria con que cuenta la corte.

Los grabados que la ilustran son inmejorables, llamando sobre todo la atención el álbum de autógrafos en que han de tener asiento las firmas de todos los personajes célebres de Madrid.

Figuran hasta ahora las del venerable y laureado poeta D. Juan Eugenio Hartzenbuch, de D. José de Cárdenas, de D. Carlos Ibañez, director del Instituto geográfico, y del señor marqués de Torneros, alcalde de esta capital.

SOLUCIONES

A la fuga de vocales del número anterior:

*Sin virtud la ciencia humana
es caña frágil y vana.*

A la charada:

NO-VI

Al jeroglífico:

*Entre flores y ramas
tienes tu ermita,
glorioso San Antonio
de la Florida.*

Han acertado la primera y el último las niñas Cecilia Espinola y Esperanza Juliá, de Madrid.

CHARADA

*A mi amigo prima tres
yo le dos la comisión
de averiguar en la Historia
quién á mi todo fundó;
él no supo contestarme,
pero al verme se rió,
y me dijo: tú eres todo,
y sin querer acertó.*

(La solución en el próximo número.)

R. Velasco, impresor, Rubio, 20